

ron en desvanecerse. El gobierno habia nombrado al general Cavaignac, gobernador general de la Argelia. El nombre de este oficial estaba consagrado entre los republicanos por el recuerdo de su hermano primogénito. Godofredo Cavaignac era un nombre tan estimado como el de Carrel en la opinion republicana: habia muerto antes de ver realizadas sus ideas, y estas ideas llevaban luto por él, le rendian homenaje en la persona de su hermano. Este era por sí mismo un oficial de mérito, que habia sabido obtener por su valor la confianza del ejército, y, sin repudiar las tradiciones de su hermano y las aspiraciones de su madre á la república, conquistarse la estimacion de los principes: la franqueza de sus opiniones le ponía á cubierto de toda acusacion; la franqueza no conspira, y él era incapaz de hacer traicion á nadie. El duque de Aumale, al saber la abdicacion de su padre, dirigió al ejército de su mando una proclama y una despedida, dignos de los primitivos tiempos de la primera república, en que el hombre se sacrificaba ante la patria.

“Habitantes de la Argelia: Fiel á mis deberes de ciudadano y de soldado, he permanecido en mi puesto mientras he creído mi presencia útil al servicio de la Francia. Mas la situacion ha cambiado. El general Cavaignac ha sido nombrado gobernador general de la Argelia, é interin llega á Argel, desempeñará sus funciones el general Changarnier

“Sumiso á la voluntad nacional, me alejo de vosotros, pero desde lo mas hondo del destierro todos mis votos serán por vuestra prosperidad y

por la gloria de la Francia, á la que yo habria deseado servir por mas tiempo.—H. DE ORLEANS.

“Nombrado el general Cavaignac gobernador general de la Argelia, desempeñará interinamente este cargo hasta su llegada á Argel, el general Changarnier. Al separarme de un ejército modelo de honor y de valor, en cuyas filas he pasado los mas felices dias de mi vida, solo puedo desearle nuevos triunfos: una nueva carrera va á abrirse á su valor, y abrigo la firme creencia de que la llenará gloriosamente.

“Oficiales, sargentos y soldados: yo habia esperado combatir aún con vosotros por la patria. No me es concedido este honor, pero desde lo mas profundo del destierro mi corazon os seguirá por todas partes y os recordará la voluntad nacional; él se envanecerá de vuestros triunfos, y todos sus votos serán siempre la gloria y la felicidad de la patria.—H. DE ORLEANS.”

## XI.

Tranquilizada sobre este punto la opinion pública, se preocupaba mas y mas cada dia del estado de la hacienda. El congreso de los obreros en el Luxemburgo causaba un estremecimiento de terror. Sin duda ofrecia él un peligro, pero la historia deberá reconocerlo: la palabra y la intervencion de Luis Blanc, omnipotentes en un principio, sobre doscientos mil obreros, temian al mismo tiempo una accion moderadora sobre las pasiones del pueblo: desarrollábalos los sistemas falsos, pero no les predicaba malos sentimientos: habia esperanzas funes-



tas y exageradas en sus teorías, pero no venganzas; y prometiéndoles quimeras, no les permitía ni desórden, ni violencia, ni sangre. El Luxemburgo y sus insinuaciones contribuyeron mucho á intimidar los capitales, pero tambien influyeron en mantener el órden, evitar las espropiaciones, despopularizar la guerra, y hacer prevalecer el espíritu de humanidad en las masas. Tal era en un principio el carácter de la enseñanza de Luis Blanc en el Luxemburgo.

## XII.

Los demas miembros del gobierno consentian estas reuniones como un mal sin duda, pero como un mal inevitable, y que producía un bien mayor. Luis Blanc, aliado del gabinete espulsado del Luxemburgo, y convertido á causa de esta misma persecucion en el ídolo y el Masaniello elocuente de doscientos ó trescientos mil obreros ociosos y fanatizados en Paris, hubiera sido un elemento mucho mas peligroso de turbulencia que disertando en una enseñanza, contenido por su solidaridad con el gobierno, y conteniendo á esas masas en un círculo fantástico de que no las dejaba salir. No se podia conceder menos á los obreros, soldados de una revolucion hecha en nombre del trabajo, que una informacion sincera y libre sobre las cuestiones de ese mismo trabajo, que eran su política y su vida.

Sin embargo, á fin de evitar el pánico, que se aumentaba por momentos, se adoptaron medidas para inspirar confianza á los capitalistas, y reanimar el trabajo y el crédito, respondiendo á la

palabra *bancarrota* imbuida en los ánimos, con un decreto que anticipaba algunas semanas el pago de los intereses á los acreedores del estado. Esto era responder con un hecho ó suposiciones de ruina, con un desafío á la desconfianza. Sin embargo, esta medida no bastó para tranquilizar los ánimos: los banqueros solo vieron en ella una bravata para ocultar los peligros de la situacion de la hacienda, y calcularon que despues de pagada la renta, el tesoro quedaria exhausto. Se aumentaron, pues, los recelos, y escaseó cada vez mas el numerario. Los setecientos millones que el estado debia á las cajas de ahorros, á los tenedores de bonos del tesoro, y á diferentes servicios públicos, apuraban estraordinariamente al ministro de hacienda, quien preveía siniestras eventualidades, á las cuales se estremecía de tener que unir su nombre. Garnier Pagés habia tomado sobre sí el peso de la hacienda, sin disimularse en nada la estremidad de los pelgros, y cediendo menos á las instancias de sus colegas que al propio impulso de su ánimo. Es uno de esos hombres á quienes tienta el peligro, y que se crecen en las crisis. A él espuso su nombre y su vida, y escogió para sub-secretario á Duclerc, tan decidido y tan infatigable como él.

## XIII.

Estos dos hombres sondearon en pocas horas el estado de la hacienda, y cobrando la confianza, inspiraronla al gobierno. Antes del 3 de Marzo, Garnier Pagés mostró al consejo todas las llagas de la situacion financiera y todos los remedios aplicables á ella.



La Francia resultaba mas gravada por quince años de paz, que hubiera podido gravarla una larga guerra, y los recursos estaban empeñados hasta el punto de impedir toda libertad de accion al pais, si de repente hubiese tenido grandes necesidades extraordinarias. El rey habia formado á su imágen el sistema financiero. Todo estaba empeñado para una larga paz. Ese sistema, intencionalmente bueno, habia llegado al exceso con la creacion de innumerables acciones industriales, moneda ficticia que, abultando las carteras de los particulares y de los banqueros, no representaban aún mas que capitales problemáticos, que no producian renta alguna, y que solo servian para el juego de agiotage. Habia de esas acciones por un valor al menos de dos mil millones, que iba á desaparecer ó á estancarse en las cajas de los industriales, y de los contratistas de los grandes trabajos públicos, las sumas necesarias y fijadas en el presupuesto para el servicio de un año ascendian á mil setecientos doce millones, de los cuales quinientos catorce se debían y estaban destinados para los trabajos en curso de ejecucion. La deuda pública reconocida ascendia á cinco mil ciento setenta y nueve millones. El trono pródigo del porvenir habia en siete años aumentado la deuda en novecientos millones. La república iba pues, á cargar con el peso de la responsabilidad y de la impopularidad de una liquidacion que no le pertenecia en nada. Ni la deuda ni la revolucion eran obra de los que iban á cargar con la odiosidad de ellas. El trono habia contraido la deuda, y sus ministros habian dejado hacer la revolucion.

Pero ademas del presupuesto de mil setecientos millones, y de los quinientos de deuda por los trabajos públicos, de los dos mil millones de acciones industriales lanzados á la bolsa por el gobierno, y de los cinco mil de capital de la deuda, el trono dejaba novecientos sesenta millones de próximo vencimiento, ó inmediatamente exigibles en trescientos veinticinco millones de banos del tesoro y de los fondos de la cajas de ahorro, de que era simplemente depositario.

El tesoro debía, pues, hacer frente instantáneamente á mil millones de fondos exigibles, y ademas á setenta y tres millones para pagar el semestre de la renta del 22 de Marzo, sin contar con los servicios ordinarios y las eventualidades repentinas de un pais en revolucion, y pronto quizá en guerra entre sí y con la Europa.

Para atender á este descubierto, el gobierno hallaba ciento noventa y dos millones en la caja, un empréstito de doscientos cincuenta millones que debía ser realizable, pero que los prestamistas se negaban á realizar, y contribuciones directas é indirectas que era casi imposible recaudar por el malestar y pánico de los capitalistas y de los consumidores, así como por la desaparicion del oro y la plata.

El banco de Francia, instrumento independiente de crédito y de recursos momentáneos para el gobierno, se habia hallado él mismo apurado de numerario pocos meses antes, y solo pudo desahogarse un poco por la entrada de cincuenta millones en especie, procedentes de Rusia. Las letras de cambio que suplen entre los



particulares á una cantidad incalculable de numerario, eran retiradas, suspendidas, ó no se les daba valor alguno por temor de una liquidacion general. De suerte que solo el numerario, y esclusivamente en manos del gobierno, iba á tener que alimentar sin auxiliar alguno todo la vida y toda la circulacion del país. Por una coincidencia mas desgraciada aún, esta crisis era igual en toda la Europa, y nadie podia prestar socorro á otro. Los negocios se habian multiplicado desde San Petersburgo á Londres, á Viena, á Berlín, á Paris, en una proporcion que no guardaba armonia con el capital en circulacion. Faltaban, pues, el oro y la plata, y el papel no valia ya nada.

## XIV.

El problema que semejante concurso de circunstancias ofrecia á un gobierno revolucionario que tenia que alimentar á un pueblo de obreros al mismo tiempo que reclutar y que equipar á un ejército; que hacer frente á la miseria, á los pobres, al órden en el interior, á la guerra en el exterior, que hacer circular el numerario, y restablecer el numerario, el crédito, la industria y el trabajo sin recurrir á las exacciones y á las sevicias de la revolucion, era un problema de tal naturaleza, que hacia palidecer y auyentaba á los hombres de mas fuerte temple.

Garnier Pagés lo abordó sin embargo con esa resolucion que hace milagros, porque se atreve á esperarlos cuando todo el mundo los cree imposibles. Participó, así como sus colegas, de la fé de la honradez, y la Próvidencia le recom-

pensó por ello. Concibió por inspiracion el único plan que podia salvar á la república de la bancarrota, y si faltaron algunos detalles ó se frustraron algunas medidas en la ejecucion de este plan, el conjunto al menos fué tan lógico como atrevido.

Lo primero que hacia falta al gobierno era dinero, y no habia mas que tres medios de procurarlo: el crédito, el papel moneda ó las exacciones. Las exacciones equivalian al derramamiento de sangre á la primera resistencia, y el gobierno queria á toda costa vivir ó morir puro. Los asignados eran el pánico general, y la desaparicion del último escudo. Para hacerlos aparecer habria sido necesario castigar, y castigar en una revolucion es, proscribir confiscar es matar. La mayoría del gobierno fué, pues, siempre inflexible en las proposiciones que se le hicieron de crear asignados.

Solo restaba el crédito; pero la revolucion habia privado de él al gobierno. Era menester volverlo á hallar en una institucion independiente de él, y que fuese, por decirlo así, su sancion ante la Francia. Esta institucion, muy débil aun en proporcion del papel que se le queria hacer desempeñar, era el banco de Francia. Dos medios habia de servirse de él: forzarle ó protegerle. Algunos querian forzarle, pero se decidió protegerle.

Garnier Pagés salvó tres veces al banco de Francia: primero, rehusando obstinadamente conceder al comercio de Paris los tres meses de suspension de pagos al banco; despues, rechazando el papel moneda que habria sumergido á este establecimiento; y por último, adoptando la



osada, pero feliz medida de autorizar la admision forzosa de los billetes de banco como dinero. Salvado de esta suerte el banco, salvó á su vez al gobierno prestándole doscientos treinta millones, y asociándose inteligente y patrióticamente al gobierno. Mr. de Argott, director del banco, olvidó sus antiguas relaciones con la familia destronada para consagrarse esclusivamente á la salvacion de la hacienda de su país. Hombre á la vez del banco y del tesoro, mostróse verdaderamente patriota y hombre de estado por su intrepidez en los apuros y su fecundidad de recursos en las dificultades. El banco no habia sido útil hasta allí mas que al comercio, y entonces lo fué tambien á la patria. Antes no tenia mas que la estimacion, y á veces la envidia del público, y en aquel trance mereció el reconocimiento de la nación. El gobierno provisional no tardó, pues, á inspiracion de Garnier Pagés, en refundir en el crédito central del banco de Francia, haciendo nacionales los demas bancos de la república.

### XV.

Pero para que el banco, protegido y centralizado así, pudiese hacer préstamos al gobierno por centenares de millones, necesitaba una hipoteca moral. Esta hipoteca era la certeza de que el tesoro, agotado impensadamente, se llenaria de nuevo. Los impuestos territoriales se pagaban bien, y aun el entusiasmo por la república hacia á los contribuyentes anticipar los pagos. Todo el mundo auxiliaba las buenas intenciones del gobierno para quitarle la tentacion

ó la necesidad de recurrir á estremos revolucionarios. Los curas predicaban y reconccian como una virtud pública el pago de los impuestos: los ricos pagaban adelantado todo el año, y los pobres su mensualidad. Las oficinas de recaudacion estaban atestadas de gentes que se apresuraban á pagar como podian haberse apresurado si se tratase de recibir, comprendiendo que el peligro estaba en el vacío del tesoro.

Un empréstito nacional de entusiasmo y de salvacion comun era posible, y hubiera sido productivo durante el primer arranque del espíritu público. Muchos miembros del gobierno lo reclamaban de Garnier Pagés, con la impaciencia de aprovechar aquellos efimeros momentos; pero consideraciones de crédito le impidieron generalizar tal medida. Pasaron los momentos, y se estinguó el ardor, limitándose todos á pagar las contribuciones directas. Esta fué una falta de parte del gobierno.

Pero las contribuciones indirectas, productos inmediatos y cotidianos de la produccion y del consumo, se agotaban casi enteramente. El ejército exigia una reorganizacion pronta y onerosa. El tesoro podia hallarse de pronto desprovisto, y por esta causa la patria misma espuesta. Los socorros, cada vez en aumento, que habia que dar á los obreros sin salario, y por consiguiente sin pan, los sueldos y el equipo de la guardia movilizada, las cajas de descuento que era necesario crear en todas las ciudades manufactureras, los préstamos de dineros que hacer á los grandes centros de la industria, los trabajos públicos que sostener en cierta proporcion para evitar un desbordamiento de ocio-



tos en los departamentos, la marina, los negocios extranjeros, las elecciones, la justicia, la administración interior, en fin, á cuyos agentes no se podía abandonar, dejaban entrever la siniestra eventualidad de que quedara vacío el tesoro. Un solo día en que no hubieran bastado los recursos para hacer frente á las atenciones, hubiera sido la señal de una catástrofe general. Los empleados y los capitalistas podían esperar; pero el hambre no se aplaza. Seis millones de obreros vivían de la asistencia pública, y un día de retardo de sus socorros habria producido una inmensa sedición de la desesperacion y del hambre. Era, pues, necesario proveer á esta y evitar aquella.

Resuelto el gobierno á evitar á toda costa la bancarrota, no tenia otros partidos que tomar mas que la creacion de un papel moneda ó un impuesto de crisis como en 1815 y en 1830. Se trataba de salvar la propiedad, y á la propiedad correspondia salvarse á sí misma.

Los asignados, al día siguiente de su emision, habrian perdido quizá la mitad de su valor: el dinero con que se hubiera querido cambiarlos, se habria ocultado; los géneros habrian subido en proporcion del descrédito de los asignados. Entonces hubiera sido necesario crear *maximum* para poner estos géneros al alcance del pobre; pero el *maximum* produce el hambre, ésta la desesperacion, y la desesperacion los crímenes, y en quince días hubiéramos ido á parar á los asesinatos y á los cadalsos.

No quedaba, pues, mas que el impuesto territorial que reasume todas las cargas, como reasume tambien todas las riquezas, en los momen-

tos en que desaparece todo valor convencional.

Garner Pagés y el gobierno se decidieron á imponer á la contribucion territorial un recargo de cuarenta y cinco céntimos sobre todas las imposiciones.

Este impuesto hizo murmurar á la propiedad, pero la salvó como salvó á los propietarios del hambre, al trabajo de la paralización, al tesoro del déficit, á las grandes ciudades industriales de las sediciones de la ociosidad y de la miseria; á la patria, en fin, de los peligros exteriores, permitiendo al gobierno sostener el crédito, establecer cajas de descuento en las ciudades importantes que lo pedían; alistar en la guardia movilizada el esceso mas peligroso de la poblacion de Paris; fortificar el ejército; pagar su sueldo; calmar la escitacion contra los ricos y los murmullos contra el egoismo de la propiedad; suprimir el impuesto del timbre sobre la prensa; abolir casi inmediatamente el de la sal; reducir los derechos de puertas de los comestibles en Paris, y reducir á la mitad los derechos sobre el vino en este mismo punto. El citado impuesto debia producir al tesoro ciento noventa millones, si se hubiera repartido sin indulgencia y percibido de la totalidad de los contribuyentes; pero el gobierno autorizó á los recaudadores para apreciar con equidad las fuerzas contribuyentes de los pequeños propietarios, y para no exigir el pago mas que de los ricos, y estas consideraciones que exigia la justicia como la política, redujeron su producto á ciento sesenta ó ciento cincuenta millones. Estos ciento cincuenta millones y los doscientos treinta adelantados por el banco bajo la garantía de los



bosques del estado bastaron para todo, y dejaron aún en las cajas las sumas necesarias para cubrir todos los gastos ordinarios y extraordinarios de 1848, empleando un millon por dia en trabajos para los brazos inactivos. Tal fué el precio de una revolucion: ninguna costó menos cara á un pueblo, y, sin embargo, este impuesto, aconsejado por la prudencia, de salvacion, de crédito, de trabajo, de asistencia al pueblo que sufría; este impuesto que se interpuso entre la bancarota y la república; entre la patria y el extranjero; entre la vida de los ciudadanos y las violencias del hambre, escitó mas tarde tantos murmullos, como si el gobierno hubiese violentado á la propiedad y saqueado á la fortuna. Los ricos á quienes este impuesto habia salvado; los pobres á quienes habia aliviado; los proletarios que lo habian consumido en socorros, todos se unieron para pronunciar á una voz una maldicion comun. El pueblo de Paris se sublevó él mismo, no contra el recargo, sino contra la disminucion, hecha en su favor, de los derechos sobre los comestibles y el vino. La historia juzgará el egoismo de los propietarios y la ingratitud de los proletarios; ella proclamará la verdad, y es que el impuesto de ciento sesenta millones por el recargo de cuarenta y cinco céntimos fué, á la vez que una medida de necesidad y de prudencia, de paz y de salvacion para la república. La Francia se avergonzará de sus murmuraciones cuando compare este precio con el que costaron á la Francia en sangre y oro la primera república, el imperio, la restauracion, la invasion de Bonaparte en 1815, la segunda restauracion y la revolucion de 1830.

## XVI.

Garnier Pagés tenia intencion de coronar su plan con el proyecto de adquirir por cuenta del estado todas las principales líneas de caminos de hierro. Las acciones de estos caminos habian descendido á precios ruinosos para las compañías que las poseian. Adquiriéndolos á un precio convenido y equitativo, la república aumentaba al instante sus valores con las garantías del estado, y poniendo desde luego en circulacion una propiedad vueta ó desacreditada; restituía así una fortuna á los particulares, en vez de los valores ficticios que tenian en su cartera; acababa las líneas; aseguraba las explotaciones, y, en fin, hacia un empréstito de mil millones en muchos años sobre esta hipoteca de tres ó cuatro mil millones.

Las compañías mismas pedian algunas al gobierno con instancia esta medida de salvacion para ellas, mientras que otras la acusaban de espoliacion, á fin de hacer subir mas el precio de la adquisicion. Todos los esfuerzos de Lamartine dirigianse á la ejecucion de esta medida, que suspendió demasiado tiempo el consentimiento de las compañías, porque preveía bien que este tratado entre ellas y el estado, posible con un gobierno centralizado y dictatorial, sería impracticable con una asamblea soberana, en quien influirian en diversos sentidos las compañías mas exigentes. El aplazamiento de este negocio fué la única falta que Lamartine atribuía al ministro de hacienda.

Pero el gobierno que atendía así al pago de



los intereses de la deuda y á los servicios públicos, no podia pagar la totalidad de los setecientos millones de capitales de la deuda flotante de próximo vencimiento, sin crear un papel moneda. Hubo, pues, que aplazar el reembolso de los bonos del tesoro y de las cajas de ahorro: medidas tristes, pero necesarias, que se trató de hacer menos sensibles con un aumento de intereses á los acreedores y reembolsos parciales y limitados á los depositarios indigentes.

## XVII.

Mientras que el gobierno provisional salvaba de esta suerte á la república de las consecuencias incalculables de una bancarrota, el ministro de la guerra activaba cuanto lo permitía el tesoro público las disposiciones adoptadas para elevar al ejército á la proporcion de nuestros peligros exteriores.

Los primeros síntomas de indisciplina, resultado inevitable de la anarquia momentánea de Paris, se habian reprimido muy luego por sí mismos. Los soldados, desbandados un momento, habian vuelto á sus regimientos, y sometidos voluntariamente de nuevo al yugo de la disciplina, que era para ellos un deber de patriotismo y un virtud de honor. El espíritu de la Francia apareció en su ejército: la agitación revolucionaria no traspasó los umbrales de los cuarteles. La sociedad sentía que le era necesaria toda la fuerza del ejército, y éste se la conservó intacta. Solo una ó dos sediciones insignificantes de uno ó dos regimientos de ca-

ballería é infantería, tan pronto conocidas como reprimidas, afligieron al gobierno. Algunos sargentos intentaron introducir en él la insubordinacion, por medio de los discursos de los clubs; pero el buen sentido de los soldados, la imposibilidad de los oficiales, la energia del ministro, ahogaron al instante estos gérmenes de insubordinacion militar. Jamas un ejército de nacion alguna presentó mas bello ejemplo de calma en medio del trastorno general, de obediencia á sus gefes, de fidelidad á sus banderas, de adhesion al poder. Puede decirse que el ejército fué el instinto de la patria. Aquellos cuatro meses de incorruptibilidad en medio del desorden, de resignacion en el alejamiento forzado de Paris en que se le tuvo, de respeto á sus gefes, de impaciencia contenida sobre las fronteras, de moderacion hácia el pueblo, son para el ejército francés una de las mas gloriosas campañas de la historia. Su conducta mostró cuánto habian trasformado al pueblo porque el ejército es siempre el síntoma del verdadero estado del pueblo, la libertad y la instruccion sembrada en nuestras poblaciones rurales, desde el fin de las guerras del imperio. Cuando despues de una revolucion intestina el soldado continúa siendo soldado, bien se puede estar seguro de que la revolucion no degenerará en anarquía.

Un solo síntoma doloroso contristó el alma del pais, y vino á recordar las horribles escenas de la primera revolucion francesa; pero él no fué una deshonra para el ejército activo. Mostróse en la ociosidad de ese establecimiento fastuoso que Luis XIV levantó á los veteranos de la guer-



ra: en los Inválidos. Justo y glorioso es en una nación proveer con pensiones y retiros á la vejez y á las enfermedades de los que han derramado su sangre y perdido sus miembros por ella; pero estas pensiones y estos retiros deben ser pagados en la residencia y en la familia del inválido. Una reunion de tres ó cuatro mil militares ociosos bajo una disciplina necesariamente relajada en un centro de desarreglo y de vicios como una gran capital, es, mas que una pompa para el pais, un peligro para las costumbres, para el orden y para el régimen militar. Una administracion mas modesta, pero que remunerase con mas verdad y discrecion los servicios militares, disolveria estas reuniones de ociosos, distribuyendo en las chozas los socorros que se dilapidan en palacios.

Existia mucho tiempo antes en el palacio de los Inválidos no sé qué quejas continuamente renovadas sobre la clase de alimento que se daba á estos, y acusábase á la administracion interior de estas faltas con esas sordas murmuraciones que preceden á las sediciones.

Una tarde de los últimos dias de Marzo, al entrar Lamartine en el palacio de negocios extranjeros, despues de una sesion de nueve horas en el Hotel de Ville, se le anunció que una diputacion numerosa de inválidos, exaltados por la colera y el vino, se habia presentado en el ministerio durante su ausencia. Estos hombres habian espuesto en términos violentos é inconvenientes pretensiones inconciliables con el orden y el régimen del establecimiento, retirándose al saber la ausencia del ministro.

Apenas se habia enterado Lamartine de esta

noticia, cuando se vino á hacerle saber la insurreccion de los inválidos. Algunos malvados, amotinando á sus compañeros, habian penetrado por fuerza en el aposento del general Petit, teniente gobernador del cuartel de Inválidos. Este leal y valiente oficial, reliquia y honor del antiguo ejército frances, era históricamente célebre por el abrazo que le habia dado el emperador Napoleon en la trágica escena de la despedida de Fontainebleau. Sin respeto á este recuerdo, á los cabellos blancos del general, ni á la autoridad que ejercia, este grupo de sediciosos, á la vista de tres mil veteranos mudos ó cómplices, habia arrancado al anciano general de sus aposentos, atrastrádole al patio, y haciéndole subir á una carreta, le habia atado á ella como á un criminal. En seguida habian salido á la calle acompañados de un horrible cortejo de esos hombres y mugeres que, como las aves de presa, presienten ó siguen á las victimas.

Dos ó tres inválidos subidos en la trasera de la carreta, con el sable desenvainado en la mano, hacian resonar furibundas imprecaciones y llamamientos al pueblo, é iban, según decian, á pedir justicia del mando del general al gobierno. En su marcha seguian los muelles del Sena, y era de temer que un crimen nocturno precipitase al general en sus olas.

## XVIII.

Al recibir esta noticia, Lamartine, que acababa de sentarse á la mesa, interrumpió su comida, y sin esperar que se le buscase un car-



ruage, corre á pié, acompañado solamente de un secretario hácia los muelles, donde se le dijo haber sido visto el odioso cortejo. Resuelto á interponerse entre los sediciosos y su víctima, cubriendo con su cuerpo el del infortunado general, teme las consecuencias funestas de este atentado, y se indigna del primer ejemplo criminal dado por los veteranos á un pueblo pacífico y humano, á quien semejante suceso puede depravar. Interroga á todos los puestos y á todos los pasajeros sobre el camino que sigue la carreta, y despues de enviar á prevenir de todo al general Duvivier, comandante de la guardia movilizada, así como al estado mayor de la guardia nacional, prosigue su camino, espuesto á una fuerte lluvia, tras de las huellas del carro, al que noticias confusas le hacen muchas veces perder y volver á hallar. Al llegar al Hotel de Ville pregunta inútilmente á Mr. Marrast. Dirigese en seguida á la prefectura de policia; pero Mr. Caussidiere no sabia nada. Prosigue entonces su carrera por los muelles, lleno de una angustia inesplicable, y temblando de que el crimen se haya ejecutado en medio de la oscuridad en algun arenal del Sena, sabe al fin que el infortunado general habia sido libertado de mano de los sediciosos por el general Courtais, cuando se dirigian al Hotel de Ville, que ha hallado un asilo durante la noche en el estado mayor de la plaza, y que su vida está así asegurada.

En la misma noche, el gobierno, penetrado de horror y de indignacion, delibero sobre las consecuencias y los medios de reprimir este atentado. La guardia nacional que esperaba su

reorganizacion, no existia mas que en su estado mayor de sus cuadros, y en algunos buenos ciudadanos que volaban en auxilio del gobierno al menor peligro. No habia tampoco tropas en Paris. Dejar impune semejante crimen era abandonar las riendas del ejército, sancionar la indisciplina y la sedicion por la impotencia de arrestar á los culpables. Arrestarlos en medio de tres mil hombres que tenian cañones, era intentar un imposible, y esponerse á ver destruida escandalosamente la autoridad del gobierno en sus manos. Este último partido, aunque desesperado, era, sin embargo, el que exigian tomar el honor y el deber, y el gobierno lo tomó en efecto.

El ministro de la guerra, Mr. Arago; el general Courtais y Mr. Guinard, gefe de estado mayor de la guarnicion, se encargaron de ejecutarlo. Al efecto reunieron al dia siguiente algunos hombres de valor, metieron en medio de ellos al general Petit, y se dirigieron al campo de Marte, donde trabajaban dos ó tres mil obreros en los talleres nacionales. Mr. Arago y el general Courtais arengaron á estos obreros, contaronles los ultrajes de que aquel resto vivo de nuestras glorias habia sido objeto por parte de una soldadesca indisciplinada, y les hicieron conocer la necesidad de auxiliar al gobierno en la represion de tales atentados, que deshonoraban á la nacion y podian destruir el ejército. El sentimiento y la razon hablaban entonces muy fuertemente al corazon del pueblo, y dando vivas los obreros á los generales y á Arago, se ofrecieron á ir ellos mismos á imponer la reparacion y la obediencia á aquellos indignos sol-



dados. MM. Arago, Courtais y Guinard penetraron á la cabeza de estos hombres en el patio del cuartel, reunieron á los inválidos, y representándoles la deshonra y el crimen en que habian incurrido, hicieron arrestar sin resistencia á los principales culpables, y reinstalaron en su puesto al general Petit, en medio de aclamaciones de arrepentimiento y de entusiasmo.

Este acto de vigor, y dos ó tres de la misma clase ejecutados por el general Subervie ó por Mr. Arago, consolidaron la disciplina del ejército, y contuvieron toda tentativa de desorganización en los cuerpos. Estos dos ministros, no desconfiando de su autoridad, la hicieron incontestable en adelante. El ejército, por su parte, hacia justicia al gobierno, y no permitiendo éste ninguna pesquisa sobre la opinion de los oficiales, adoptaba en nombre de la república á todo el que servia á la patria.

El ministerio de la guerra y el de marina acababan de reunirse en manos de Mr. Arago. Este acto del gobierno fué una prueba de deferencia y confianza merecidas á Mr. Arago, una injusticia respecto al general Subervie, y una sorpresa para algunos de los miembros del gobierno. Ved aquí cómo se verificó.

Hacia algunos días que se proferian quejas vagas contra el ministro de la guerra. Suponíase que los años del general Subervie no le permitian desplegar toda la actividad necesaria en las circunstancias, ó se fingia al menos creerlo así, porque este general habia demostrado en favor de la república todo el ardor de su juventud. Pero el verdadero origen de estas voces era que el nuevo ejército deseaba hacer desapa-

recer de la escena á los veteranos del antiguo. Los jóvenes oficiales de Africa anhelaban sin confesárselo á sí mismos quizá, tomar en los consejos del ministerio de la guerra la autoridad dominante y esclusiva que esperaban conservar mejor con un ministro extraño al ejército que con un antiguo general de la república y del imperio.

Hacia algun tiempo que los generales, reunidos en consejo de defensa, afectaban deliberar sin contar para nada con el ministro de la guerra, y comunicarse directamente, y no por su conducto con el gobierno. Algunos artículos de *El Nacional*, que infundadamente pasaba por órgano del gobierno, acababan de atacar inopinadamente al ministro de la guerra presentándole como cansado ó abrumado de un peso desproporcionado á su edad. Estos artículos parecían descubrir los hilos de una trama hürdida en el seno mismo del gobierno contra el general Subervie. No era así en verdad, pero el ministro aparecía agobiado por esta sospecha, y justamente resentido de una oposicion que parecia tener cómplices en el gobierno mismo. Una ó dos veces se quejó de ello á Lamartine, quien resuelto á conservarle en el ministerio, trató de tranquilizarle y de desvanecer sus sospechas. Una sesion incompleta del gobierno, á la que no asistieron Lamartine, Flocon, Ledru-Rollin ni otros ministros, vino á descubrir el pensamiento de *El Nacional* y de los militares opuestos á Subervie, y en ella fué destituido este general, encargándose provisionalmente el ministerio de la guerra á Mr. Arago. Este estaba muy lejos de desear, y aun se resistió mucho tiempo á con-



traer la responsabilidad de este doble encargo.

A las seis de la tarde, al volver Lamartine del Hotel de Ville, donde habia pasado todo el dia, se le presentó el general Subervie, quien le participó lo que acababa de pasar en el Luxemburgo: —“Ya veis, le dijo, que eran fundadas mis sospechas, y que no se esperaba mas que vuestra ausencia y la de algunos de vuestros colegas para llevar á efecto la proscripción de *El Nacional* y sus amigos.—No hay nada hecho, le respondió Lamartine: un acto tan importante como la destitucion y nombramiento del ministro de la guerra no puede ejecutarse en ausencia del ministro de negocios estrangeros y de dos ó tres miembros mas del gobierno. Yo os he prometido sosteneros con todas mis fuerzas, y os cumpliré mi palabra, ó me pondré en escision con el gobierno. Mañana pediré una nueva deliberacion, reclamaré contra la resolucion que os elimina del gabinete, y haré votar sobre la cuestion del gobierno entero. Tengo la confianza de que la república no se verá privada de los servicios que tan infatigablemente le habeis hecho desde el primer dia de su instalacion.—No, replicó el general; bástame saber que estais dispuesto á cumplirme vuestra palabra y que he sido sacrificado sin vuestra participacion á una enemistad ó á una ambicion. No acepto la reparacion que me ofreceis; me creeria muy desgraciado en ser causa de la division del gobierno, y por otra parte veo que tengo enemigos, ó en su seno, ó entre los que le rodean, que no me perdonarian mi triunfo sobre ellos, y que queriendo perjudicarme, harian daño á la causa pública. Yo soy del tiempo de aquellos soldados

que se sacrificaban por su patria, y quiero ser digno de mi época.” Dichas estas palabras, dió un abrazo á Lamartine, y se retiró.

Al instante que Mr. Arago tomó posesion del ministerio, los generales, miembros del consejo de defensa, se ocuparon, bajo su presidencia, de la reorganizacion del ejercito, bajo las bases propuestas por Lamartine, como ministro de negocios estrangeros. El antagonismo que se habia suscitado entre aquellos y éste con motivo de los cuarenta mil hombres que el último queria traer de Africa, y que los generales querian conservar allí, subsistió siempre, estalló muchas veces en discusiones casi acerbas, y acabó por ahogarse en el secreto de las deliberaciones del consejo de defensa, que continuó sus trabajos, sin asistir á ellos el gobierno, y bajo la responsabilidad únicamente del ministro de la guerra. Por lo demas, las luces, la actividad y la energia de este consejo, correspondieron al pensamiento del gobierno. Monsieur Arago, prosiguiendo los planes del general Subervie y de los generales que le auxiliaban, hizo subir el ejército en pocos meses de trescientos setenta á cuatrocientos setenta y cinco mil hombres, y los caballos de cuarenta y seis mil á setenta y cinco mil. Las armas, los equipos, los uniformes la defensa de las costas, siguieron en una proporcion análoga de progreso. La república, contando con sus fuerzas navales y su guardia movilizada, iba á tener en el mes de Octubre un ejército de quinientos ochenta mil hombres, sin comprender en él los trescientos batallones de guardia movilizada en los departamentos, pedidos despues en clase de reserva por Lamar-



tine y por Flocon, decretados por el gobierno, y votados por la asamblea nacional. Mas adelante me ocuparé del doble motivo de esta creacion, que era el pensamiento constante de Lamartine, en interes de la fuerza exterior y de la confederacion interior de la república, contra los ataques previstos por él, que debía sufrir la sociedad.

## XIX.

Mr. Bethmont, ministro de comercio y de agricultura, se ocupaba en aquellos momentos, en que todas las transacciones comerciales estaban suspensas, en aliviar y disminuir el mal estado de la industria. Ningun carácter era mas propio que el suyo para semejante tarea. Sereno, resignado, atento, elocuente, lleno de compasion por las angustias de sus semejantes, Mr. Bethmont daba á la república el carácter de probidad, de solicitud y de simpatia que constituia el suyo. Asiduo y reflexivo en las sesiones, se aprovechaba del tiempo desocupado que le dejaba su ministerio para asistir al consejo de gobierno, en el que se ponía siempre del lado del partido de la moderacion, de la legalidad y del orden republicano, como un tipo de los grandes magistrados de la asamblea de 1790. Su puesto verdadero hubiera sido hallarse á la cabeza de la magistratura.

Mr. Marie, mas activo por temperamento, de ideas mas atrevidas, y mas universal y mas emprendedor en los negocios, contemporizaba con los trabajos públicos que se habian suspendido demasiado. Una de las soluciones politicas y so-

ciales de la crisis hubiera sido, segun algunos miembros del gobierno, hacer un estenso reclutamiento de los hombres ociosos, y ocuparlos en grandes trabajos de fecundacion del suelo frances. En este punto, Lamartine pensaba como ellos, y algunos socialistas, moderados y politicos entonces, despues irritados y facciosos, reclamaban que el gobierno tomase la iniciativa en el mismo sentido. Una gran campaña en el interior, con herramientas de trabajo por armas, como las campañas de los romanos ó de los egipcios, para la apertura de canales ó el desecamiento de las lagunas Pontinas, les parecia el mejor paliativo indicado á una república que queria ser pacifica y salvar á la propiedad, protegiendo y levantando de la abyeccion al proletario. Este era el pensamiento de la actualidad: un gran ministerio de trabajos públicos habria sido la inauguracion de una era apropiada á la situacion. Fué tambien una de las mas graves faltas del gobierno en este punto esperar demasiado para realizar sus pensamientos: mientras que esperaba, los talleres nacionales, aumentados por la miseria y la ociosidad, se hacian cada dia más estériles y mas amenazadores para el orden público.

En aquel momento no lo eran aún: no eran mas que un recurso de orden y un medio de asistencia pública, exigidos al dia siguiente de la revolucion por la necesidad de alimentar al pueblo, y no alimentarle en la ociosidad, para evitar los desórdenes de ella. Mr. Marie los organizó con inteligencia; pero sin utilidad para el trabajo productivo: los alistó en brigadas, les dió gefes, les inspiró un espíritu de disciplina